

AVENTUA EN EL RÍO

ÍNDICE

1. LAS VACACIONES
2. LA EXCURSIÓN
3. EL RÍO
4. EL SUSTO
5. EL REGRESO

La historia que aquí relato, está basada en hechos reales, y se mantienen tanto los lugares, como los hechos acontecidos en aquel verano de 1963, sin quitar ni poner nada, aunque los personajes son ficticios.

La intención de contar esto, es para que todos pensemos, que cuando nuestros padres nos advierten de algún peligro, siempre lo hacen desde su experiencia y su amor por nosotros, por lo que no debemos hacer oídos sordos, para luego no tener que arrepentirnos.

LAS VACACIONES

Me llamo Carlos, tengo 12 años y estudio 1º E.S.O. en el Colegio Montessori de Huelva. Todos los veranos me voy de vacaciones a casa de mis abuelos, a un pueblecito de Orense, que se llama Sobrado de Trives y que está a 15 km. de Cabeza de Manzaneda, que es la estación de esquí más importante de Galicia.

El verano pasado, a primeros de Agosto, nos juntamos otro año más. Mis primos y yo en casa de mis abuelos. Llevaban todo el año esperando ese gran momento y por fin había llegado. Casi no podía creer que estuviese con Iria y Samuel, que así se llaman mis primos.

El Pueblo apenas tenía doscientos habitantes, pero es el sitio más bonito que conozco. Estaba situado al pie de la montaña y a pesar del tiempo tan caluroso del verano, todo era verde a su alrededor.

Hoy era el segundo día de vacaciones y habíamos salido a pasear en

bicicleta. Estábamos dando una vuelta por el pueblo y aunque apenas se tardaba media hora en recorrerlo entero, nos gustaba hacerlo, ya que íbamos saludando a los vecinos, pues conocíamos a todos de las vacaciones anteriores.

De pronto, en una de las paradas que hacíamos para charlar un rato, a mi prima se le ocurrió la idea de hacer una excursión hasta el río, y quedamos en que la haríamos al día siguiente, si nos dieran ese ansiado permiso, y ya desde ese momento comenzamos a preparar las cosas para el día siguiente.

LA EXCURSIÓN

Nos levantamos temprano, y no hizo falta que nadie nos llamara; desayunamos y empezamos a llenar las mochilas. Metimos tres bocadillos para cada uno, refrescos, agua y algún dulce.

Mi madre nos decía que si nos íbamos varios días de casa, pero nosotros por si acaso, no quitamos nada.

Sobre las diez de la mañana, nos pusimos en marcha. Comenzamos a descender por el camino que nos llevaría al río San Lázaro, río que desemboca en el Bibey, que a su vez, es un afluente del río Sil. Habíamos decidido ir a una zona que le llaman "La censa", en la que hay una cascada muy interesante, y que está a 3 km. del pueblo.

Al grupo, se habían unido otros tres niños: Miguel y Melisa que eran hermanos, y Daniel. En total éramos seis.

EL RÍO

Antes de las once ya habíamos llegado, y lo primero que hicimos fue sentarnos y comernos un bocadillo cada uno y un poco de chocolate para recuperar fuerzas.

Después subimos río arriba hasta una charca en la que el agua cristalina nos dejaba ver los peces nadando para aquí y para allá. Se nos ocurrió pescar alguno y para ello hicimos unas cañas caseras, con unos palos y unas hierbas largas, llamadas juncos, a las que les pusimos unas lombrices en la

punta, que cogimos allí mismo a la orilla del río, lo intentamos durante dos horas, pero no hubo forma de poder coger ningún pez, por lo que decidimos dejarlo y jugar a otra cosa. En eso, Samuel dijo mirando su reloj:

- Chavales, no sé si sabréis que ya son las cuatro de la tarde, así que yo me voy a poner a comer.

Eso hizo que todos mirásemos el reloj, casi como unos autómatas sorprendidos que se hubiese pasado el tiempo tan rápidamente.

En vista que Samuel tenía razón. Nos pusimos todos a comer, a la vez que cada uno contaba alguna historia del curso que había acabado en junio.

EL SUSTO

Una vez terminada la comida, jugamos durante un rato a las cartas y a eso de las seis de la tarde, decidimos seguir subiendo río arriba, ya que así nos iríamos acercando a Sobrado.

A veces el camino se hacía difícil, ya que en algunas zonas había matorrales bastante altos y nos costaba poder pasar, pero como pudimos, fuimos avanzando y por fin fuimos a una zona despejada y de una gran belleza; fue entonces cuando Daniel, sin duda, el armadanzas del grupo, vio un manzano al otro lado del río y no se le ocurrió otra cosa que decir:

- Por qué no cruzamos el río y cogemos unas manzanas, mirad que coloradas están.

Entonces recordé las palabras de mi padre:

- No crucéis el río, puede ser peligroso.

Siempre pensaba que mi padre cuando decía algo, tenía razón, y la verdad es que casi siempre era así, por lo que manifesté en voz alta:

- Cruzar el río puede ser peligroso.

Todos se echaron a reír, diciendo que cruzar el río por allí estaba chupado.

La verdad, es que parecía que tenían razón, porque el río no llevaba mucha agua y en esa zona, casi llana, llevaba muy poca velocidad.

Como podéis suponer, Daniel casi sin que nos diésemos cuenta, lo cruzó en un momento, y después empezó a pasar todo el mundo, incluso yo.

Cuando menos lo esperábamos, Iria resbaló con una roca y se deslizó hacia el agua desapareciendo por arte de magia, parecía que el río se la había tragado. Nos quedamos todos mudos por la sorpresa, y aunque fueron unas décimas de segundo, nos pareció una eternidad, hasta que Iria volvió a asomar la cabeza, para volver a desaparecer otra vez, Samuel reaccionó el primero, y fue corriendo hacia donde había caído su hermana, mientras decía:

- Vamos todos, hay que sacarla como sea.

En eso que llegaba Samuel, Iria volvió a sacar otra vez la cabeza, y entonces su hermano la cogió por el pelo y la tuvo agarrada hasta que entre todos conseguimos sacarla del agujero en el que había caído. La pobre Iria, no hacía más que toser y apenas podía respirar, pero poco a poco se fue recuperando y al poco rato, empezó a volver el color a su cara, a la de ella y a la nuestra, ya que del susto, se nos había quedado la cara, tan blanca como la cera.

EL REGRESO

Cuando todo estaba normalizado, empezaron las bromas de por qué no se ponía el bañador para darse un baño y otras parecidas.

Al poco tiempo, comenzamos el regreso al pueblo, porque todos queríamos llegar a casa y contar lo que había pasado, aún a sabiendas que nos podía caer una bronca.

CARLOS PRIETO RODRÍGUEZ, 12 años.

Huelva